

Igualdades y desigualdades imaginadas en América Latina.

Entrevista a Luis Reygadas¹

Por Tobías Wainhaus

La siguiente entrevista al antropólogo mexicano Luis Reygadas fue realizada a partir de la conferencia “Desigualdades imaginadas en América Latina. Representaciones de la discriminación y la exclusión”, que Reygadas dictó en el IDAES en agosto de 2007. A lo largo de su presentación, basada en un artículo homónimo publicado originalmente en inglés, el autor de *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria* (Gedisa, 2002) analizó las representaciones subalternas de la desigualdad en América Latina. Su argumento central es que estas representaciones (1) sintetizan procesos sociales complejos en imágenes sencillas y cargadas de dramatismo, que implican elementos emotivos y éticos: el saqueo, la discriminación y el olvido; (2) remiten a la memoria histórica de abusos pasados (el saqueo de las riquezas naturales, el maltrato hacia los indígenas, la esclavitud de los negros) para interpretar los agravios contemporáneos; (3) deslegitiman privilegios y jerarquías, presentándolos como frutos de la corrupción o la discriminación; (4) eximen a quienes ocupan posiciones subordinadas, en contraposición a las narrativas hegemónicas que atribuyen la desigualdad a los vicios y las deficiencias de los pobres o a la supuesta inferioridad de los latinoamericanos, las mujeres, las comunidades indígenas; y finalmente, (5) son significativas para comprender las experiencias y las perspectivas de los agentes sociales que viven día a día la desigualdad. Dice Reygadas que las desigualdades imaginadas “tienen valor no por lo que describen, sino por lo que provocan. No

¹ Antropólogo, profesor de la Universidad Autónoma Metropolitana Iztapalapa (México) y especialista en antropología industrial y culturas laborales. Ha publicado diversos libros y artículos sobre la minería mexicana y las empresas maquiladoras en México y Guatemala. Una versión previa de su libro *Ensamblando culturas. Diversidad y conflicto en la globalización de la industria* (2002) obtuvo el Premio de Investigación Laboral que otorga la Secretaría del Trabajo en México en convenio con el BID. Autor, además, de *Proceso de trabajo y acción obrera. Historia sindical de los mineros de Nueva Rosita 1929-1979* (1988) y *Mercado y sociedad civil en la fábrica. Culturas del trabajo en maquiladoras de México y Guatemala* (2001).

constituyen un inventario riguroso de los procesos de explotación, acaparamiento de oportunidades y exclusión en América Latina, pero pueden ayudar a la comprensión de los mapas mentales de quienes los padecen. Son dispositivos culturales para lidiar con el despojo, para revertir los estigmas étnicos y de género y para explorar vías de inclusión. Son herramientas que usan los sujetos para combatir en la arena de la legitimación de las apropiaciones”.

Pregunta: En su texto plantea que, desde la cultura hegemónica, hay una construcción de la imagen de la desigualdad que lleva a cabo un doble desplazamiento: por un lado, estigmatiza al pobre, y por otro, consigue que se pierdan de vista las relaciones de dominación que generan la pobreza. Esta supresión simbólica de la desigualdad, ¿no encuentra un discurso contra-hegemónico que las enfrenta desde las clases subalternas? En otras palabras: ¿hasta qué punto hay verticalismo y no influencia recíproca entre las clases dominantes y las subalternas?

Respuesta: Estaría en principio de acuerdo con la idea que está detrás de la pregunta: hay una influencia recíproca. Sucede que este texto forma parte de un libro que está por publicarse, donde la cuestión se plantea de manera menos unilineal. Allí se discute cómo se legitiman las desigualdades pero también cómo hay discursos que se posicionan en contra o que critican esa legitimación. Por cierto los discursos hegemónicos que plantean que la desigualdad es algo normal, que es resultado de los diferentes méritos y esfuerzos de cada grupo, se enfrentan con otras interpretaciones que plantean que la desigualdad no es algo normal, sino fruto de una serie de procesos que benefician a algunos. Y estos dos discursos no van en paralelo, están todo el tiempo en diálogo, en confrontación. Sin embargo, la influencia es asimétrica: no se da en una relación horizontal, tal vez tampoco en una relación totalmente vertical, sino en una relación oblicua. De todos modos, es cierto que están muy difundidas las imágenes críticas de la desigualdad. Recuerdo una encuesta que dice que la mayor parte de la población de América Latina piensa que sus sociedades son desiguales. Pero aunque esta idea está muy difundida, eso no necesariamente implica que se desarrollen políticas

públicas en consecuencia. Ahí aparece la asimetría, porque durante las últimas dos décadas las opiniones que decían que la desigualdad era algo normal y que se iba a ir eliminando conforme hubiera crecimiento económico se impusieron en la mayor parte de las políticas públicas.

P: En la conferencia que dictó en el IDAES se preguntaba si “basta erradicar la discriminación para que desaparezca el acaparamiento de oportunidades”; o si para revertir la exclusión es suficiente con que haya “empresarios con buenas intenciones y un gobierno diligente que no se olvide de los excluidos”. ¿Cuáles son los factores necesarios, y qué lineamientos deberían seguir, para que desaparezca la falta de oportunidades?

R: Esto tiene que ver con una discusión que se ha dado mucho en los últimos quince años en América Latina en relación con la discriminación de género y la discriminación étnica; discriminación con respecto a los indígenas en algunos países, a la población negra en otros, y a las mujeres en todos los casos. El sentido común que hoy afirma que la discriminación produce la desigualdad en parte tiene razón: la discriminación a lo largo de muchos años, décadas, siglos incluso, ha producido esta desigualdad. Pero trato de sugerir que no basta con eliminar los prejuicios para lograr la igualdad. Supongamos que en este momento, por ejemplo, se dijera en Brasil: “Se prohíbe toda discriminación, se establece una serie de mecanismos para garantizar que no haya discriminación”. ¿Ganaría inmediatamente lo mismo la población negra que la mulata y la blanca? Porque tienen diferente escolaridad, diferente capital cultural y diferentes oportunidades, y lo han tenido a lo largo del siglo. Entonces se necesita algo más que eliminar los prejuicios. ¿Qué se necesitaría? Por un lado una política más proactiva, de inclusión de largo plazo para ir alcanzando mayor igualdad de oportunidades. También sería importante que existieran instituciones consolidadas. Porque estas imágenes de sentido común acerca de la desigualdad son muy voluntaristas: piensan que hay alguien que tiene mala voluntad y discrimina, excluye, y que si sacamos del poder a alguien con mala voluntad y ponemos a alguien con buena voluntad, ya se solucionó todo. Y no es así. La voluntad importa, pero se necesita además que haya instituciones que garanticen acceso equitativo a la salud, a la educación de buena calidad, a una serie de servicios

básicos, a financiamiento de créditos a tasa razonable para todo el mundo. Recién entonces podría haber igualdad de oportunidades. En un primer paso, la crítica a la discriminación, creo que es necesaria, indispensable, pero no suficiente.

P: ¿Cómo entra en juego el planteo de una “desigualdad debido al saqueo de América Latina”, esgrimido por las clases medias y populares, es decir que no es propiamente un discurso de las clases excluidas, en la interrelación entre la imaginación de la desigualdad construida desde la hegemonía y la creada por las clases subalternas?

R: En efecto, hay muchas representaciones que tienen que ver con las clases, con los estratos sociales, pero no sólo tiene que ver con la clase. Son más bien para legitimar o deslegitimar una situación de desigualdad. Si vamos a la clase media, está en una situación dual, porque por un lado puede ser crítica con respecto a sectores más privilegiados, pero también tiene algo que defender frente a otros. Si vemos por ejemplo el caso de un sindicato, puede ser crítico respecto de ciertos elementos que favorecen a la empresa, pero también tiene algo que defender: los agremiados tienen acceso a cosas que otros no tienen, y las defienden. Entonces, son posiciones duales que atraviesan a todos los sujetos. Cada quien tiene algo que defender; incluso un sector muy empobrecido puede tener acceso a ciertos planes de apoyo al ingreso, y lo defiende frente a quien no lo tiene. Hay una disputa por ver cómo se distribuyen los recursos públicos o los recursos al interior de una organización, de una empresa, de una institución. Entonces aquí las representaciones sobre esta distribución son parte de la distribución misma, es decir, son herramientas, armas, argumentos que los grupos utilizan para cuestionar una situación o para defender algo establecido. Y es muy común que un grupo, un actor social, use esas representaciones en función de sus intereses. Ahora, no todo es instrumental, porque puede haber un consenso cultural independiente de los intereses, donde distintos sectores estén de acuerdo en una redistribución más justa de la riqueza, aun cuando eso pudiera significar que algunos pagan más impuestos o tienen que colaborar más porque creen en eso. Por eso son importantes estas batallas simbólicas, porque pueden influir en qué tan cohesiva y qué tan incluyente es una sociedad.

P: En referencia a lo que señala en el final de su artículo, ¿es posible terminar la “batalla simbólica” de forma independiente y desligada de “las acciones que los sujetos desarrollan con base en ellas”?

R: No, en realidad son dos caras de la misma moneda, porque las acciones también tienen una carga simbólica: si un grupo de piqueteros corta la ruta es una acción, pero al mismo tiempo tiene un contenido expresivo, también es simbólico. Son dos caras de lo mismo. Ahí en el artículo están separadas; analizo aquí esta parte simbólica y en la siguiente sección del libro analizo prácticas y acciones que tienen que ver con ellas. Pero a veces las acciones no coinciden con las representaciones; hay una especie de asincronía. Se tienen ideas sobre la desigualdad que corresponden a épocas anteriores, a la época de la colonia o al siglo XIX o a principios del XX, y sin embargo se puede actuar en función de circunstancias actuales, sin una correspondencia absoluta entre lo que se dice y lo que se hace. Lo que ha habido en los últimos veinticinco años es un cuestionamiento fuerte de las desigualdades de origen étnico y racial, de las que tienen que ver con relaciones de género, y también de las que se han originado a partir de las políticas neoliberales y de apertura económica. En el plano simbólico se ha avanzado mucho en la crítica a todas esas prácticas que generaban esas situaciones poco equitativas, pero eso no quiere decir que se reviertan. Hay una crítica al sexismo, a la exclusión de las mujeres de una serie de puestos de poder o de cargos importantes, pero de ahí a que logren realmente una equidad en todos los planos se necesita más tiempo, aunque han avanzado mucho. Creo que en ese caso la brecha entre lo simbólico y la práctica se empieza a cerrar, aunque después diré en qué aspecto. En el caso, en cambio, de grupos indígenas en varios espacios de América Latina, no se ha avanzado tanto. Pongo siempre el ejemplo de Chiapas. Simbólicamente los zapatistas ganaron la batalla de los derechos indígenas en México, y tuvo impacto en todo el mundo, pero de ahí a que haya cambiado la situación concreta de los indígenas en México es muy distinto, eso no se dio todavía. Estamos en una fase que es pasar de la crítica a la desigualdad a la construcción de instituciones que la reduzcan en el mediano plazo. En el caso de Ecuador, en cambio, ya se ha pasado de esa batalla simbólica a ganar por lo menos los órganos del gobierno. Habrá que ver a qué lleva esto, pero hay un cambio muy

importante. Habrá que ver si conquistar el gobierno también lleva a conquistar espacios en la economía, en el mercado, que se rigen por otros criterios y requieren otras armas.

P: ¿Es posible achicar el abismo existente entre las representaciones y las imágenes subalternas y las de los gobernantes sin una práctica efectiva y concreta por parte de ambos? A la vez que parece que justamente por estas prácticas y acciones la distancia se vuelve cada vez más grande, ¿no son las experiencias de ambos, en tanto antagónicas, un impedimento para crear una identidad común?

R: Son un obstáculo, pero no insalvable. Hay experiencias en otros países en donde se logra crear una identidad común y derechos comunes que atraviesen diferentes sectores sociales o que atraviesen fronteras culturales. Así como están presentadas ahí parecen lineales y que no dialogan. No está mal el planteo, más bien yo no lo había aclarado. Es posible pero no es tan sencillo. Volviendo al ejemplo de Chiapas: cuando se dieron las negociaciones parecía un diálogo de sordos. Los zapatistas diciendo que no se le cambia una coma al acuerdo de San Andrés y el Parlamento diciendo “eso no lo podemos aceptar porque sería romper la unidad nacional”, y no se llegó a un acuerdo. Pero hay casos en los que se llega a diálogos interclasistas, interculturales, interétnicos, donde sí se logra crear un espacio común. Pienso en algunos proyectos culturales en Río de Janeiro donde confluyen diferentes sectores sociales, donde se crean puentes, diálogos por medio de la música, por medio de identidades culturales, y a veces también por medio de instituciones e iniciativas de políticas públicas. Sucede que a veces la desigualdad se reproduce a sí misma; porque cuando hay mucha distancia social, es más difícil ponerse de acuerdo que cuando hay un marco más igualitario. Pero no tiene por qué reproducirse al infinito. Pienso por ejemplo en el papel de las escuelas públicas: en muchos países de América Latina en las universidades públicas confluyen diferentes sectores sociales, y se crea ahí un espacio compartido y un lenguaje común. En algunos casos ocurre también en las escuelas primarias o secundarias: cuando la educación pública es de buena calidad y entonces la clase media, o incluso sectores de mayores ingresos, también recurren a la educación pública, ahí se crean espacios. Ahí pueden jugar un papel muy importante los intermediarios: intermediarios políticos, culturales, intelectuales que pueden funcionar al principio como traductores.

P: ¿A qué se refiere con intermediarios?

R: Personas que pueden comprender los dos lados de la moneda, los dos discursos: el discurso de los excluidos que reclaman una serie de derechos, el discurso de los sectores dominantes que está marcado por la crisis económica y por sus negocios, políticos, artistas, maestros, intelectuales, escritores, que ven la necesidad de cohesión social, que creen que esa ruptura social y cultural se vuelve negativa para todo el país y para todos, porque eso genera violencia y otra serie de conflictos. También podrían ser algunas organizaciones de la sociedad civil que cumplan con esa función de puente, de traducción.

P: ¿Cree que la posibilidad de que decrezca la desigualdad se encuentra dentro de las capacidades de los regímenes y sistemas políticos actuales, o que requiere de tomas de posición más radicales? Me refiero a la evidencia, que usted ha señalado, de que lo legal muchas veces no brinda posibilidades para hacer decrecer la brecha entre las clases: Estados de bienestar no consolidados, populismos clientelistas, etcétera.

R: Es la vieja discusión de la reforma o la revolución. Creo que no son necesariamente caminos excluyentes. En algunos casos, acciones más de ruptura llevaron a reformas institucionales de largo alcance. Con el caso de Chiapas, que fue más simbólico que material, el nivel institucional dio en México un salto hacia la democracia. Después de que ese movimiento planteara salirse de las instituciones democráticas, un cambio más radical ocurrió en el resto del país: se fortalecieron las demandas por la democracia, se dio una reforma electoral muy importante unos años después, y el PRI después de setenta años dejó el poder. Entonces, no hay ahora mismo una democracia muy consolidada, pero sí ya es una situación distinta. Sí hubo cambios muy importantes en todo el país. Creo que la desigualdad se resuelve con varias décadas de una política social consistente. Porque la desigualdad no es sólo cuánto dinero tiene uno, sino cuánto puede uno hacer con esos recursos. De allí que en una sociedad del conocimiento, si no se logra una igualdad o un acceso más equitativo al conocimiento y a la tecnología, no

hay redistribución de dinero que dure. Eso sólo se logra con reformas de mucho tiempo. Puede ser que algunos movimientos más radicales conduzcan a esto. Hay una tentación muy fácil en América Latina: la tentación de acabar con la desigualdad rápidamente: decretando una baja de los salarios de los políticos, decretando una reducción drástica de las canastas de las empresas, un aumento de los impuestos, un aumento de las transferencias a los sectores excluidos... Bueno, eso me parece que es muy comprensible después de tantos años de una política muy regresiva, que favoreció sobre todo a las élites. Hace muchísima falta un cambio de orientación radical en ese sentido, pero no necesariamente se reduce la desigualdad social a mediano plazo con esas medidas. Si eso va acompañado de reformas de política social más estructurales sí podría llevar a una redistribución del ingreso y de los recursos más importantes. La desigualdad es una característica estructural de una sociedad, y sólo se vence con varias décadas de políticas consistentes, no con medidas de un año. Esto incluso puede ser contraproducente; por lo general vemos cómo en América Latina ha habido una oscilación de políticas populistas a políticas muy elitistas, muy de derecha, mientras que los países que tuvieron procesos democráticos más largos, durante varias décadas, lograron revertir la desigualdad, o tener menos desigualdad que otros. Pienso en países como Uruguay, Chile, Costa Rica e incluso la Argentina, que hacia los años 70 eran los menos desiguales de la región. Es cierto que después de lo que pasó en los años 90 en la Argentina, la pobreza y la desigualdad aumentaron mucho. Pero si anteriormente se había podido reducir la desigualdad, esa posibilidad está latente. Es preciso construir Estados de bienestar similares a los que se construyeron en los países europeos, o incluso en algunos países de América Latina en otro momento. Por eso me inclino más por un cambio paulatino. Pero que se dé o no, no depende de la voluntad: depende de si las instituciones democráticas son capaces de traducirse en mayor igualdad social, porque si no, es más probable que se busquen salidas de ruptura. Si la democracia no es capaz de cumplir su promesa de igualdad social –porque no son términos equivalentes, pero no obstante se espera que una sociedad democrática sea más igualitaria–, pues entonces habrá presiones más extrasistémicas, más fuertes.

P: ¿Encuentra diferencias entre las formas de desigualdad –tanto en los imaginarios sociales como en las prácticas ligadas a estos– que plantea el campo y las que plantea la ciudad?

R: Por un lado, hay similitudes entre las formas de representación de la desigualdad del campo y de la ciudad. Hay que recordar que en América Latina hace sesenta años la mayor parte de la población era rural. Y todavía tenemos mucho de sociedades rurales, sobre todo en la mentalidad. A veces se dice: “bueno, pero la gente ya está en la ciudad”. Sí, pero muy a menudo con una mentalidad campesina, de pequeño productor, con lazos familiares muy fuertes. Pero también hay diferencias importantes. Me parece que en el campo los mecanismos generadores de desigualdad son más personales, mientras que en la ciudad suelen ser más impersonales. En el campo se trata más del acaparamiento de la tierra, del control de los mercados, de quienes acopian la cosecha para venderla después, mientras que en la ciudad la desigualdad se produce por mecanismos más abstractos, como cambios en las tasas de interés. Ahora bien: los mecanismos son distintos, pero las representaciones suelen verlos como similares. Menciono en mi libro el caso de “El Barzón”, un movimiento de deudores campesinos que le debían a la banca. El barzón es el anillo que une el arado y la yunta, el nombre hace referencia a una canción popular que, en forma irónica, relata las desventuras de un campesino frente a las arbitrariedades de su patrón. Ellos adoptaron ese nombre estableciendo una equivalencia, como si la banca estuviera haciendo lo mismo que hacía el cacique del pueblo, o el terrateniente que esquilma al campesino. Hay sin embargo un cambio importante: en la ciudad vemos la copresencia de los más ricos y los más pobres. Las ciudades a veces están organizadas en barrios residenciales y barrios marginados, pero muchas veces no; muchas veces están en contacto. Es un contraste que ofende mucho, que crea problemas de cohesión social y de convivencia. Algunos teóricos de la violencia y la criminalidad afirman que la desigualdad es un factor que incide en un crecimiento de la criminalidad y la violencia. Esa coexistencia de pobreza y riqueza en un mismo hábitat crea el deseo de consumir como los otros sectores, dicen algunos, y establecen correlaciones estadísticas entre niveles de desigualdad y niveles de violencia urbana. Aquí reaparece algo de lo que hablábamos al principio. La idea de que con buena voluntad se puede solucionar el problema corresponde a una visión más

bien campesina del mundo: “Si el patrón fuera bueno, estaríamos mejor”. Sin embargo en la ciudad, con millones de personas, la bondad no es suficiente. Arrastramos cierta perspectiva rural del problema de la desigualdad, como si todo dependiera de quién tiene la tierra o los recursos naturales, que son cosas muy importantes, pero si vemos algunos países desarrollados ni tienen mucha tierra ni tienen muchos recursos naturales, pero lo que sí tienen es una organización social, una tecnología y una productividad muy alta, y eso genera una mayor capacidad económica.

P: Menciona la cárcel al hablar de la película argentina *Un oso rojo*. ¿Qué papel supone que juegan las cárceles en el circuito de la desigualdad?

R: Sería interesante hacer una estadística de cuánto se gasta el Estado en mantener las cárceles y el sistema de justicia, y a lo mejor veríamos que es un Estado social perverso. Es decir: hay mucha reticencia a gastar más en educación, en salud, en bienestar para el conjunto de la población, pero se gasta mucho en castigar la desviación social. Y a lo mejor saldría más barato hacer una inversión social, que haría innecesaria tanta inversión carcelaria o en sistemas de justicia. No quiero con esto caer en esa visión muy simplista, como la que sostiene una parte de la izquierda en América Latina, según la cual todo crimen proviene de la pobreza y el desempleo. Evidentemente hay muchos otros factores que disparan el crimen. Pero una sociedad que no gasta más en igualdad tiene que gastar más en cárceles, por decirlo con una fórmula sencilla. En ese sentido sí hay una relación entre cárcel y desigualdad. Es interesante cómo Costa Rica, que es un país que no tiene ejército, es al mismo tiempo un país muy igualitario, y no tiene que gastar tanto en eso. Por otro lado, hay que ver también quién va a la cárcel. Muchas veces, los crímenes tienen que ver con delitos contra la propiedad, que se incrementan en época de crisis económica. Entonces, una de las representaciones sobre la desigualdad implica la criminalización de la pobreza: pensar a los pobres como clases peligrosas. Esto se ve mucho en jóvenes de algunas ciudades de América Latina, quienes por el simple hecho de ser jóvenes y tener determinado aspecto, ya son vistos como criminales. Lo vemos también en Estados Unidos. ¿Quiénes son los condenados a muerte en mayor proporción? Hispanos y negros. Resulta que la Justicia no es ciega a la clase social ni a la etnia, ni al color de la piel.

P: ¿Qué opina de declaraciones como la de Sergio Cabrera, “el cine puede ayudar a acariciar la utopía”?

R: Creo que el mundo se ha hecho más igualitario, en parte, gracias a las utopías igualitarias. Las utopías nacidas en el siglo XIX se alcanzaron, aunque sea parcialmente, en el XX. Esos sueños a veces se volvieron realidad, y a veces también se volvieron pesadillas. Un valor muy importante del cine, del arte en general, de la cultura es que permiten imaginar mundos distintos. Y en un continente tan desigual, construir nuevas utopías igualitarias es imprescindible. Lo que no quiere decir que no se corra el riesgo de que esos sueños se conviertan en pesadillas.